

REVISTA CORDOBESA,

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los Domingos.—Los precios son en CORDOBA 4 rs. al mes.—En PROVINCIAS 15 rs. el trimestre y 52 al año.—En el ESTRANGERO 18 y 62.—En ULTRAMAR 24 y 90.

La redaccion en casa de su director Sr. Conde de Torres-Cabrera.—Se suscribe en Córdoba casa del director económico Sr. D. Rafael Bastida, Plazuelas de S. Juan n.º 22.—Fuera en las principales librerías.

REVISTA GENERAL.

Si revuelto nos dejamos en nuestra anterior revista el campo de los acontecimientos en Europa, y complicadas las graves cuestiones que la diplomacia tiene á su cargo, y si el cielo se hallaba encapotado y una negra tormenta se veía pendiente sobre nuestras cabezas; poco ó nada hemos podido adelantar en la última semana. La nube no ha descargado aun, y la oscuridad que reina por todas partes no nos permite descubrir, siquiera sea lejano, el día en que el sol de la paz y de la concordia nos iluminará con sus brillantes y consoladores rayos.

Veamos. La insurreccion que ya dijimos haber estallado en Palermo y Messina, ha tomado muy serias proporciones, y á juzgar por las últimas noticias ha llegado á poner en cuidado al Gobierno de las Dos Sicilias. Con efecto, segun leemos en un parte telegráfico fechado en Turin el 12 del corriente, en Nápoles era grande la agitacion, cerca de 40,000 insurrectos armados se reconcentraban en el interior de Sicilia, habiendo roto el canal que comunica con Palermo, y mas de 80,000 personas habian invadido el 40 á las seis de la tarde la calle de Toledo en la capital, dando vivas á la Constitucion, las que fueron obligadas á retirarse por la fuerza armada. Por mas que puedan con-

siderarse algun tanto exageradas las noticias que nos comunica el telégrafo, y aunque, segun dice un periódico, debe haberse aumentado algun cero ó mas con respecto al número de personas que se dice invadian en son de alarma una de las calles de Nápoles, puesto que si el movimiento hubiera tenido tal importancia no hubiera sido tan fácil de contener, es lo cierto que la agitacion de aquel pais es grande y que no debe dejar de tomarse en consideracion. La conducta de la Inglaterra en estas circunstancias sigue siendo dudosa, por mas que por el ministerio del interior se publique un comunicado en los periódicos franceses desmintiéndose la participacion atribuida por aquellos diarios á una nacion vecina, y por mas que sostenga el *Morning-Post* que su conducta respecto al reino de las Dos Sicilias se ha distinguido siempre por la mas estricta observancia del derecho internacional y de los tratados. Por su parte el Piamonte tambien vé con gusto el movimiento Napolitano, y consiente públicamente en Turin reuniones oficiales de los emigrados en aquel pais, en las que se ha propuesto la anexion de Nápoles al Piamonte, mientras que Cavour responde á una interpelacion sobre Sicilia que el gobierno se ocupaba con interés de las luchas entre ciudadanos que tienen lugar en esa parte de Italia. Tenemos, pues, que los gabinetes de Inglaterra y de Cerdeña protegen, ó al menos ven con agrado, la insurreccion que parece sofo-

cada en el reino de las Dos Sicilias, al que ambos miran ya como cosa propia.

Aun cuando esta cuestion no tiene nada de nuevo, pues ya se han representado en Italia bastantes dramas de igual naturaleza, nos ha parecido conveniente detenernos en ella mas de lo acostumbrado, porque en nuestro concepto está llamada á producir graves y sérias complicaciones, y porque acaba de hacer su debut en la comedia joco-séria que se viene representando en Europa, y á la que podríamos poner por título «las anexiones.»

Vamos ahora á examinar el estado de las demás.

La anexión de Niza y de Saboya á Francia está en vísperas de ser un hecho consumado. El Austria y la Rusia no se oponen á ella si se presenta como una cesión libremente consentida por el Piamonte, y no como un llamamiento hecho al sufragio universal; el pueblo francés, Garibaldi, y el parlamento Sardo no la aceptan sin el voto de los anexionados, y por esa razon se trata de hacer ambas cosas para que todos queden complacidos. En Niza empezó el 15 la votacion, y la ciudad presentaba un aspecto de fiesta: los habitantes de todos los pueblos y aldeas llegaban con las personas notables al frente llevando tarjetas con las palabras *si* y gritando: ¡viva el emperador! ¡viva la Francia! La Inglaterra aun cuando se dirigió á las grandes potencias para que le ayudasen á impedir la agregacion de la Saboya y Niza á la Francia, se retira con sus honores, y despues de soliviantar á la Suiza, deja el campo libre, absteniéndose los ministros de la reina Victoria de asistir al convite de Pascuas del lord corregidor para evitar el compromiso de hacer discursos y tener que hablar sobre este asunto. La Prusia se halla penosamente afectada con esta anexión; pero esto lo dice muy callandito el baron Schleinitz al conde de Latour d'Auvergne en una *conversacion íntima*, y si lo oye

lord Bloomfield y lo participa á su gobierno, el que lo hace público, á su vez el gefe de la cancillería Prusiana se enoja «por la costumbre del gabinete inglés de someter al Parlamento los documentos diplomáticos relativos á las negociaciones pendientes.» La Suiza es la que hasta ahora se opone mas abiertamente al proyecto de Napoleon III. Pero todo será en vano. Su gobierno pide que se someta la cuestion á el exámen de las potencias; y aunque Inglaterra apoya esta idea, la acepta Cerdeña, la Francia la hace suya y todas las demás naciones se hallan conformes, el resultado es que el proyecto va al panteon de los congresos, sin que quepa mejor suerte que á sus antecesores al provocado por la Confederacion helvética. La cuestion, pues, se habrá de resolver por un arreglo directo entre los dos gobiernos mas particularmente interesados, cuyas principales bases son, segun se dice, la neutralizacion y el abandono de todo el litoral del lago de Ginebra. Por último, el gabinete imperial se ha comprometido á no ocupar la Saboya hasta despues de la votacion de los pueblos y la ratificacion del tratado por el Parlamento sardo.

La anexión al Piamonte de los ducados y la Romanía ha dejado en la última semana el puesto á otras cuestiones mas nuevas, si bien menos importantes: el rey recorre sus nuevos estados siendo saludado en Florencia con aclamaciones universales, de manera que Victor Manuel está disfrutando ahora su fiesta de Palmas. Contra esta anexión ha protestado la duquesa de Parma en un documento muy conciso remitido á todas las cancillerías extranjeras. Protesta además en él contra el pretendido derecho de decision proclamado en favor de los pueblos, contra el proceder del rey de Cerdeña, contra la violencia ejercida, segun ella, sobre el pueblo parmesano y los empleados, contra el acto de aceptación de los estados de su muy amado hi-

jo por parte del rey, y por último contra todo el que ha contribuido á ella con su ayuda ó su consejo.

Los últimos correos nos han traído de Roma una noticia que no deja de tener significacion. El general Lamoriciere, invitado por el Padre Santo á entrar en el servicio de la Santa Sede, ha acudido á este llamamiento á fuer de buen católico, ha llegado á la capital del orbe cristiano, y ha tomado el mando en jefe de las fuerzas militares pontificias, de las que ha concebido una opinion favorable. El ilustre guerrero francés ha dirigido á sus nuevas tropas una proclama, en la que declara que no ha dudado en volver á tomar su espada reclamada por el Papa y por los católicos, que el cristianismo es el camino de la civilizacion, que la revolucion amenaza hoy á la Europa, como antes el islamismo, y que la causa del Papa es la de la civilizacion y la libertad; escitando á los soldados á tener confianza en el éxito de la causa, cuya defensa se le ha confiado. Este nombramiento consentido por el emperador de los franceses, los elogios que los periódicos ministeriales del vecino imperio hacen del general que ha puesto su espada al servicio del Santo Padre, y los artículos que en los mismos ha hecho publicar el gabinete de las Tullerías para demostrar que ha defendido y defiende los derechos del Papa, y que la anexion de la Romanía se ha hecho contra la opinion de la Francia, prueban con cuanta razon deciamos hace tres meses, cuando con motivo del célebre folleto y de la correspondencia á que dió lugar se trataba de traducir desfavorablemente las intenciones de Napoleon III, las siguientes palabras: «Confiamos todavía en la alta penetracion, en los reconocidos talentos, en la nunca desmentida y tantas veces probada catolicidad del emperador de los franceses, y no dudamos que sucesos imprevistos nos vendrán á probar bien pronto que no son vanas nuestras esperanzas:

FAUSTO GARCIA LOVERA.

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE.

MEDITACION.

Huyóse el sol, y tras el sol el dia
Hacia la noche declinando vá:
Asi también de la esperanza mia
La moribunda luz se extinguirá.
Es la hora en que vá desapareciendo
Del claro dia el último fulgor;
Y la noche sombrosa va cubriendo
El orbe con su manto de pavor.
Es la hora en que el alma navegando
Por las olas del hondo porvenir,
Sus procelosos mares vá cruzando,
Sin lograr nunca el puerto descubrir.
Es la hora en que llegan del pasado,
De la mente vagando en derredor,
A conmover el corazon turbado
Los recuerdos del goce ó del dolor.
Todo en silencio está: tan solo el viento
Se escucha entre los árboles gemir,
Y con sonoras ráfagas violento
Su verdosa enramada sacudir.
¡Qué silencio tan grave en torno cunde
Calmando de mi pecho la ansiedad!
¡Qué aroma melancólico difunde
Con dulce emanacion la soledad!
Las aves de la noche desplegando
El sedoso plumage sin color,
Por la opaca arboleda van lanzando
Sus monótonos cantos de dolor.
Semejan una sombra misteriosa
Envuelta en manto de parduzco tul,
Cuando abandonan la enramada umbrosa
Para lanzarse en el espacio azul.
Condénsase la sombra en torno mio,
Y el sosiego y la augusta soledad,
Y allá á lo lejos el sonoro rio
Por entre rocas murmurando vá.
¡Qué triste es meditar cuando natura
Su espléndido ropaje desciñó
Y el manto se envolvió de noche oscura,
Y su alegre cantar enmudeció!
¿Visteis alguna vez embebecidos
Al traves de los vidrios de color
Esa luz misteriosa, esos fluidos
Cual ligeros fantasmas de vapor?
¿Mirásteis por ventura en dulces sueños
La media luz del encantado Haren,
O la luz que penetra en los risueños
Y opacos bosquecillos del Eden?
¿Concebis de la luna misteriosa
El triste y melancólico rielar
Sobre las aguas de la mar undosa

Que el viento halagador rizando vá....?

¡Oh! mas triste, mas vaga y delicada
Si se contempla bajo el cielo azul
Desde el fondo de cóncava enramada,
Es del tenue crepúsculo la luz.

Luz que no es luz y sin embargo alumbra:
Misteriosa y confusa claridad:
Mezcla opaca del sol y la preumbra:
Vago enjendro de luz y oscuridad.

Media tinta fantástica y sombría;
Claro oscuro, sin brillo ni color,
Cual las notas de vaga melodía,
Que allá entre sueños nuestra mente oyó.

.....
.....
Huyóse el sol, y tras el sol el día
En densa noche convirtióse ya:
Así tambien de la esperanza mia
La moribunda luz se estinguirá.

EL LIRIO, LA CAPUCHINA Y EL MUSGO:

TRADUCCION DEL FRANCÉS.

Un lirio blanco florecía cerca de una capuchina, que se enredaba al redor de una ventana de jardin. La capuchina dijo al lirio: qué feliz sois, hermano mio! cuanto envidia vuestra ancha y profunda corola blanca como la nieve, de la cual salen estambres de oro, y el suave perfume que exhalais! en tanto que á mí se me abandona en el rincon de un pobre jardinillo, ó se me iza en un tiesto en las ventanas de las boardillas, vos adornais los jardines reales. Yo apenas puedo sostenerme, si no encuentro un apoyo, siéndome necesario trepar por las hendiduras de los antiguos muros, ó enredarme en los encañados, vos por el contrario estais solo, libre é independiente. Los poderosos de la tierra se sirven de vuestras flores para ornar sus blasones, vos vivís largos años, yo solo cuento algunos meses de existencia, para morir oscuramente.

Cuan injustas son vuestras quejas, hermana mia, respondió el lirio. Vuestra corola de oro, matizada de púrpura, es mas brillante que la mia,

y si bien es cierto, que me elevo solo y magestuoso en medio de los acirates, frecuentemente el huracan troncha mi flexible tallo, y arroja en el lodo mis flores marchitas, mientras que vos fuertemente enlazada en los enrejados, desafiáis las tempestades. Es verdad que los reyes se valen de mis flores para adornar sus escudos; pero tienen demasiado de qué ocuparse para pensar en mí, y aunque habito sus jardines, no les merezco ningun cuidado; en tanto que vos mas favorecida, causais la alegría de la pobre jóven, que os planta, riega y cuida con su linda mano. Si yo muero, quien se inquieta por mí? pero vos sois llorada, porque sois amada. —Ah! vuestra suerte es preferible á la mia, y yo cambiaría contento mi destino por el vuestro.

Un humilde musgo que escuchaba este diálogo, dijo con voz débil: no teneis razon, hermano mio, al envidiar la suerte de nuestra hermana; vivamos para el objeto á que Dios nos ha criado, pues nos ha dado á todos los medios de ser felices. No envidiemos la suerte de ninguno; contentémonos con nuestra situacion, y bendigamos á Dios.

Muy bien dicho, dijo el lirio: é inclinó su largo tallo hasta la tierra, para dar á su hermano el musgo, un beso fraternal.

CONCEPCION Y JOSEFA CONTRERAS.

DE LA CRIA CABALLAR.

Todo el mundo conoce el deplorable estado de nuestra ganadería caballar, y hace mucho tiempo, que siendo notoria su progresiva degeneracion, se clama universalmente por atajar un mal de tan fatales consecuencias, pues que esta grangería no solo influye en la prosperidad de la riqueza pública, sino que considerada bajo el punto de vista político, es inmensa su

IMPRESIONES DE UN SOLDADO

Estractadas y vertidas libremente del francés
por el Edecan Comandante graduado

Pedro de Prado y Torres.



I.

Los primeros días de la Campaña de Crimea.

Muchos claman contra la guerra y aseveran de que es un azote que desaparecerá de la haz de la tierra; la califican de calamidad impía y compáranla á un mónstruo que tras de supremas convulsiones sacudirá el mundo de sus entrañas para siempre; pero yo en verdad, mirándola bajo otro prisma, creo reconocer en ella la mas genuina y grandiosa expresion de la voluntad de ese *Dios de los ejércitos*, como dice la Biblia, y veria como un dia de cólera divina aquel en que llegara á cesar por completo esa misteriosa fuente de expiaciones.... Dejo pues á un lado entregados á sus dorados ensueños á los filósofos, y paso á narrar sencillamente las cosas de que en la guerra fueron testigos mis ojos; advirtiendo que las páginas que voy á trazar carecen de pretensiones historiográficas, ni menos científico-militares, concretándose á *Impresiones* y reminiscencias, intercaladas de algunos comentarios.

Encontrábame yo en Africa cuando estalló la guerra de Crimea, lucha que á juzgar por sus preliminares parecia inaugurar un período secular de combates. Servia á la sazón en un regimiento de *Safis*. El mariscal de Saint-Arnaud, que tanto peleó en Argelia, quiso componer su escolta de hombres cuyas costumbres y trajes le acomodaban y que le recordaban valerosos hechos de armas. Entresacaron de los tres regimientos de *Safis* un destacamento de ochenta y seis hombres bajo las órdenes de un oficial, que nos dejó en Turquía por haber ascendido, reemplazándole yo con este motivo en el mando que dejaba.

A mediados de Abril de 1854 partí de Argel con algunos ginetes, á bordo de un pequeño buque de vela llamado *Esperanza*. La navegacion á la vela sobre esas mares que en profusion surcan en distintos rumbos los barcos de vapor, viene á ser como

un viaje á caballo al costado de un ferro-carril. Sentíme entónces á merced de los vientos cual otro Ulises y el piadoso Eneas. Me embarqué al declinar de un dia primaveral, en una de aquellas tardes apetecidas por las imaginaciones soñadoras. Siempre me ha gustado el Africa; cada paso que he dado por el mundo me ha convencido mas y mas que es de todas las regiones aquella en que reina con mayor magnificencia la poesia de los seres animados. El cielo africano posee una mirada que se lleva uno bajo la frente, como el héroe del poeta aleman traia gravada la mirada de su amada; todos aquellos que han vivido bajo la influencia de aquel sol durante algunos años, experimentan una atraccion que los hace volver á menudo á playas que creyeron haber abandonado para siempre.

Yo navegaba, impregnada el alma de dulce melancolía, la misma que deseo á los corazones formados para saborear las fruiciones de las mas delicadas emociones de la vida, á la cual debemos tributar justicia cuando por casualidad se digna sacudir la monotonía que le es familiar y tomar un poco el aspecto de sueños de la fantasía. Avanzaba gozoso á través de la magnífica estension de las aguas tibias y rielantes, que parten del Africa hácia los países orientales. Siempre me agradó tambien el Mediterráneo. Recuerdo con delicia cierta mañana en que apercibí en lontananza las costas de la Sicilia. Sonreian á mi alma toda suerte de fantásticas visiones. No sabré decir á punto fijo si esas ilusiones ópticas se alzaban en la ribera que atisvaba en el opuesto horizonte, ó si existian simplemente en mi corazón. Solo de ese modo, distante y vago, he vislumbrado las costas de la Grecia, y tan solo una mañana divisé los contornos puros y elegantes de Atenas. El único punto donde entré de paso fué un pueblecito del Asia, cuyo nombre no tengo presente. Una calma completa hacia girar en un mismo sitio sin avanzar nada el bergantin en que yo iba. Aprovechándome de esa circunstancia me dirigí en una lancha con un subteniente de *Safis* en direccion á la vecina playa. No se prescinde nunca de experimentar cierta emocion cuando se pisa una tierra lejana por vez primera. Me hallé en medio de un paisaje que á pesar de no tener nada de ese esplendor africano, no carecia con todo de cierto encanto. Apercibí á la vuelta de un sendero á uno de esos personajes que abun-

dan en los pueblos orientales; era un anciano de encanecida barba y turbante inmenso, que iba pacíficamente á ocuparse de sus negocios con formidable lujo de pistolas y puñales sujetos á la cintura. Yo, repitiendo la exclamacion de cierto escritor inglés, me decía á mí mismo: ¿dónde fueron aquellos tiempos en que durante mis sueños infantiles veia pasar Ali-Baba?. El digno varon que se ofrecía á mí vista tenia trazas de salir vivo y armado de las pájinas de ese libro embelesador, que prefiero á los poemas de todos los tiempos y todos los pueblos, *Las mil y una noches*. Iba sentado sobre una mulita blanca, y fumaba gravemente en una larga pipa. Pertenecía á esa raza de bienaventurados que se rodean de una nube para atravesar el camino de la vida. Dignóse apenas pasear una mirada distraida sobre los dos soldados del Norte que iban á ofrecer sus servicios á su soberano. Recuerdo asimismo, porque en los viajes las reminiscencias revolotean sin cesar en derredor nuestro, son como aves encantadoras que van posándose en cada objeto del camino, ora sobre el alero del tejado, ora sobre las retamas, para mirarnos con ternura, y regalarnos con lejanos jorgeos; recuerdo, como decia antes, unas palabras de Chateaubriand. Una noche, en el ángulo de un salon donde reinaba un amable y gracioso espíritu que ha desaparecido de este suelo, un jóven, poseído todavía de las primeras curiosidades de la vida, disputaba al silencio el autor de *René*. Con la confianza propia de un sincero entusiasmo le hablaba de sus largas peregrinaciones, la lozanía y la poesía de ese siglo de donde han salido *Atala*, los *Natchez*, y una obra amada de todos, *El Itinerario de Paris á Jerusalem*.

«¡Pues bien, exclamó de pronto Chateaubriand, de todo cuanto he visto, cosas y hombres, un recuerdo me asalta mas vivamente que los demás, el de un viejo turco fumando una pipa, acurrucado entre los escombros de unas ruinas!»—Volviendo á las playas del Asia, donde abordamos, allí ví una de esas villas que el imperio turco ofrece en gran número. A lo léjos presentan el aspecto de un grupo de casas elegantes, discretas, misteriosas y sonrientes; son las villas orientales tal como las cantan los poetas; mas de cerca, luego, se convierten en un monton de viejos paredones, entre los cuales se agitan pueblos envueltos en harapos.—Prefiero á ese el

viaje que mis ojos y mi espíritu verificaron una tarde á los *campos donde fué Troya*. Al declinar el dia estaba yo sentado sobre la cubierta de mi bergantin, cuando me hicieron notar una vasta llanura cubierta de una vegetacion abundante y sombría: allí fué, me decian, el teatro de ese gran drama de inmortales emociones, que Homero y Virgilio hacen figurar todavía por medio de los personajes creados por sus fecundas imaginaciones. En el fondo de un paisaje, que me pareció impregnado de un encanto austero y sagrado, alzábase una montaña derecha, imponente y solitaria, tal como yo me figuraba la altura adonde los dioses de la mitología asistian á los combates de los héroes. Ese rincon de territorio que he visto tan confusamente, me impresionó muchísimo, y ahora me felicito de no haber pisado aquel suelo, que únicamente han desflorado las alas de mis ensueños y de mis gratas reminiscencias. Gracias á esa peregrinacion de mis miradas, hé saboreado una especie de fruicion sobre la cual no me atrevo á contar en lo sucesivo, si bien me esfuerzo á menudo en volver á gustar de ese placer, dotado de singular poderío entre todos los goces intelectuales, que á cada uno de nosotros nos ha proporcionado, en momentos dados de nuestra vida, las artes y las letras de la antigüedad. Volví á hallar la emocion de un dia: se apoderó de mi corazon cuando leí aquel pasaje donde Virgilio dice: *Sunt lacrimæ verum*; (hay cosas que brotan lágrimas.) Esas dudosas ruinas perdidas en horizonte lejano, han sido saludadas con ternura por mas de uno que, cual yo, iba á asistir con indiferencia á la destruccion de una ciudad algo mas importante y poderosa de lo que pudo jamás alcanzar la ciudad de Priamo y Hector. Por mas que se quiera vituperar á los poetas, es forzoso que acatemos su poderío: á semejanza de los sacerdotes y de las mugeres, tambien los inspirados vates gobiernan un reino del que somos todos habitantes. Mientras pretenden algunos desterrarlos de su pais, ellos mismos no son dueños de apartarse del mundo ideal en cuyo círculo los aprisiona.

Entre tres y cuatro de la tarde del 7 de Mayo (1854) llegué á Galípoli. En aquel mismo dia el mariscal Saint-Arnaud vino á tomar posesion del mando: su venida y desembarque redobló el movimiento de la ciudad, que en circunstancias normales debe tener un aspecto asáz melan-

cólico: aquellos que fuesen á Oriente con la idea de ver profusion de lujo, y suntuosos palacios, experimentarían á buen seguro una cruel decepción. Con todo, si el destino me hiciese fijar algun dia mi residencia en Galipoli no creo que me quejase de mi suerte; se halla pintorescamente circundada por enormes molinos de viento, de cándida y primitiva fisonomía; y yo he tenido siempre singular predilección hácia esos inocentes enemigos del héroe de Cervantes, porque hallo que imprimen á los paisajes el sello de una bienaventurada sencillez: los pintores alemanes de la época de Alberto Dürer debieron participar de mi mismo gusto en esto, pues rara vez dejaban de situar algun gracioso molino de viento en sus paisajes. Galipoli reúne además otras circunstancias: allí las piedras, como en todos los pueblos turcos, están mezcladas de musgo y verdor: los bazares tienen sus tejados cubiertos de ramajes que proyectan sombras estrañas por las calles estrechas y tortuosas; y la mayor parte de las casas tienen jardines; no son si se quiere vergeles encantados, pero tampoco despreciables: la higuera, el olivo, los árboles de la Biblia y del Evangelio, se inclinan sobre las agrietadas tapias, y recuerdan la amable vida de los antiguos anacoretas, poetizada por el vate español fray Luis de Leon en aquella magnífica oda:

«qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido.

Pero en la época á que me refiero aquella variaba enteramente de carácter: hallábase invadida por hombres de todos los paises y de todas las razas, poseídos de una vida febril. Allí por vez primera se encontraban reunidos los dos ejércitos, que iban á figurar juntos sobre los mismos campos de batalla. Ese ejército inglés que *Alma*, *Inkerman*, y el severo invierno de *Sebastopol* iban á esponer á tan duras pruebas, encontrábase en todo su brillo esplendoroso. A cada paso se tropezaba con los guardias de la reina desafiando los rigores del sol de Oriente. con sus gorras de pelo; con *highlanders* (escoceses) trayendo la poesía en la hechura y colores de su tradicional uniforme; y los *riflemen* vestidos de negro como para representar el lado sombrío y terrible de esa guerra moderna y cuyas armas son las mas seguras y mortíferas. Todos esos soldados interpolados con los franceses, encumbraban infinidad de improvisadas tabernas, por cuanto que toda clase de vinos

y licores europeos vertían ya su estrepitosa embriaguez sobre aquella tierra consagrada hasta entonces á la meditabunda y silenciosa del café, del ópio y del *hachis*. Los turcos acurrucados delante de sus puertas veían pasar sin la menor emoción, entusiasmo ni aun sorpresa, á los defensores estraños que el destino les deparaba: todos me recordaban el viejo personaje de la blanca mula á que aludí anteriormente del Asia, y parecían aceptar las estrañas é inusitadas escenas que se ofrecían á sus miradas, como se admiten en un sueño las inverosímiles hechicerías que nos rodean y las increíbles metamorfosis de que uno mismo suele ser objeto en la exaltación de nuestras fantasías acaloradas y febriscitantes.

(Se continuará.)

GERONIMO VIDA,

OBISPO DE CREMONA,

AL SUMO PONTIFICE LEON X
escortándole á la guerra contra Turquía.

—○○○○○○○○—
ODA.

¿Qué rumor nuevo el Capitolio enciende
Cuando el eco resuena de venganza
Y belicoso estrago,
Contra el tirano despota y aciago,
Que sobre el Lacio con furor avanza?
Guerra, ó Leon, pediste en su estermínio:
Heróicos triunfos por la lid te inflaman:
Acorre á la victoria;
Laureles pide, que tus pueblos gloria,
Llor para su Rey, en torno claman.
Troveos mil en los augustos templos,
Honra de tus caudillos y tu córte,
Pondrá tu escelsa mano,
Y en su recinto el alto Vaticano
Te dirá vengador del cruel Mavorte.
Cien coronadas testas furibundas
El polvo cubrirá, y el insolente
Que amaga al patrio suelo,
Su audacia llorará con triste duelo,
Del trono derrocado de oriente,
Bajo tu cetro miserables ciudades
Gimiendo irán su mal entre cadenas
De triste servidumbre,
Dejando de despojos muchedumbre,
Enjutos de enemiga sangre apenas.

«Guerra» ó Leon, la fuerte Ansonia clama;
«Muerte,» «guerra» repite armada europa,
Sus Reyes á la frente:

Cubiertos veo de aurora al occidente
Los anchos mares de invencible tropa.
¿No escuchas resonar del crudo Marte
El carro rodador con ronco estruendo,
Que corre presuroso
De Apenino al Danubio pantanoso,
Y en pos la juventud en furia ardiendo?
Hijos de Troya, alzaos! «Guerra, horrores,
Sangre» clama! Que de mi negra frente
Caiga tu lauro, Apolo:
Armigero fragor de polo á polo
El eco agite de mi voz potente:
Corred, y que al rugido estrepitoso
Del hórrido cañon vibre la tierra,
Brille el acero; rompa
Al son horrendo de guerrera trompa,
Vuestro brazo el poder que al orbe aterra.
Volad al arma, al campo! Densas nubes
Suban de polvo al encendido cielo:
En escuadron de muerte
Postre las turbas vuestro hierro fuerte;
Y al casco del corcel retiemble el suelo:
Hollad la senda de inmortal renombre.
Patria y Lares os dicen: Ardua sierra
Valladar es al Janto,
Al Africa y al Ganges: fiero espanto
Y horror sereis á su infecunda tierra.
Arda el Cancer solar y casco y peto
Bañe largo sudor: doquier Belona
Las fieras huestes traiga:
Avanzad! oh! romped! En sombras caiga
Envuelta la falange que hundi6 á Ancona.
Sus! guerreros, el pecho haced de bronce!
Rencor de muerte os guie á la venganza.
Sus! Al bárbaro suelo!
Vereis á vuestras plantas, sin consuelo
Rodar turbantes, al blandir la lanza.
Sus torres derrumbad del alta cumbre:
Escalas aprestad mas diligentes;
Ruede el muro entre escombros;
Y huyan el golpe de membrudos hombros
Ante vosotros sus medrosas gentes.
Ceñid, ó Marte, ó Musas, los laureles
Al digno vate que tan alta gloria
Del Tiber diga al mundo;
Que el Tigris gemirá, y Nilo profundo,
Y á su voz será eterna tal victoria.
Y tú, cantor divino, á mi me canta
Héroe sin par: cual émulo de Atrida:
Canta mis grandes hechos,
Que el tiempo admire, que de fuertes pechos
Digan fué ejemplo el valeroso Vida.

M. RUIZ CRESPO.

(Inédita.) (1848)

UN CUENTO ÁRABE

A MI AMIGO BIEDMA.

POR

SERAFIN CANOVAS DEL CASTILLO.

(Conclusion.)

X.

Marché al alcázar, y la fortuna hizo que hallára á Mahomet entre varios caballeros, muy alegre y risueño, acaso de lo mucho que yo sufría; y tirando de la espada, fuíme hácia él: pero todos se pusieron de por medio.

—Dime, villano, mal nacido, ¿por qué me has puesto mal con mi señora? le dije.

—No entiendo lo que dices, Zaide; replicó. Sin duda estás loco, pues yo no te he indispuerto con tu dama.

—¿Si, infame ruin! Tú has dicho á la hermosa Xarifa que yo te conté me recibía á deshoras de la noche en su aposento: mientes, vil y mal caballero; yo no he dicho tal, y has de pagarme con la vida tamaña afrenta!...

—Mira lo que dices, Zaide; mira lo que dices, y ten la lengua; que no soy yo de los que aguantan insultos necios.

Levanté el brazo para herirle, y de allí salimos desafiados á la fuente *del Pino*.

La fortuna me ayud6 tambien en esto; pues solo dos heridas saqué del desafio, y Mahomet la muerte.

«¡Bien sabe Allah (dijo al morir) lo mucho que me pesan mis palabras! Todo «ha sido venganza, porque no podia sufrir «la envidia que sentia, viendo á Zaide amado de la muger que siempre adoré.

«Para llevar á término mi propósito, v«líme de una noche que le viera entrar se«cretamente en el jardin, á punto que yo « rondaba; me arrepiento de ello, Zaide, pues «nada he logrado sino tu desgracia y mi «muerte: mas yo aguardo que me perdo«nes, y así moriré tranquilo.»

XI.

La muerte de Mahomet y la causa de ella se supo al momento en la córte, y no se hablaba de otra cosa.

Unos (los de mi linaje) lo celebraban, otros (los del suyo) juraban vengarse; así es que se trabaron disputas, y estuvo en poco que no pasaran á terminarlás con las armas.

Yo me hallaba muy gozoso esperando que Xarifa, sabiendo la confesion de Mahomet, volvería á amarme. ¡Pero vana ilusion!

Una carta recibí suya en que me trataba con mas dureza, y decia que jamás pensára ya en ella; que de otra manera tal vez lo olvidaría todo, amándome tanto como me amaba, y que con la sangre de Mahomet habia manchado nuestros amores, y que no podia seguir mas en su servicio.

¡Cuán triste estrella la de mi vida, y qué terrible golpe para mí!

Con estas palabras acabé de gustar el acibar en la maldita copa de la vida...

No volví á verla ni hablarla mas; si al pasar la encontraba, huia; si cantaba bajo su agiméz, le cerraba; y si alguna vez la veia, ocultaba su rostro entre los encajes de su velo...

¡Todo acabó para mí!

Nada aguardo ya; porque la bella esperanza que momentos antes me animára, que momentos antes me halagára, ha perdido del todo sus preciosos colores; sin embargo, es tanto mi amor, que no dejo de pensar en ella, y en llamarla y verla á todas horas... ¡Pero siempre lo mismo; huyendo de mí!

Sé que va á casar con un moro rico, valiente y gallardo, pero al que no ama, solo por vengarse y darme mas tormento.

¡Todo acabó para mí!

Hasta las estrellas me niegan su brillo, su calor el sol, las flores no derraman ya sus aromas en torno mio, y las fuentes vierten sus aguas con languidez; tal asi como si estuvieran tristes.

¡Solo un buho, un maldito buho, que Allah destruya, visita de noche mis jardines!

No quiero estar mas en esta ciudad-paraiso, y en la que para mí no ha habido sino lágrimas y dolor; no quiero habitarla mas, y mañana mismo, por tu consejo, saldré al frente de mis caballeros á unirme contigo, y buscaré entre los idólatras la muerte de que deseos tengo.

Que Allah te guarde, mí querido y buen amigo.

De Granada en 12 de Xawal.

CARTA CUARTA.

DE ABENÁMAR Á ABEN-ZAIDE.

En verdad, amigo Zaide, que tu historia es tan lastimera como curiosa, y digna

de mejor suerte. No quiero repetir lo que te dije en mi anterior; mas sobre todo ven; ven, que entrando en tierra de cristianos, tengo por seguro que la olvidarás con la gloria que has de alcanzar, y con su brillo rendirse la ingrata.

Haces bien en dejar el campo de Cupido, y acudir á Marte; que aquesto es digno de soldados, y aquello de mujeres.

No puedo mas; que el placer de verte resuelto á tomar tu lanza me lo niega.

Que Allah te guarde y te dé gloria.

De Velez, donde te aguardo.

AL LECTOR.

En 1854 me hallaba en Granada: esa ciudad tan querida y envidiada de los árabes, esa vistosa guirnalda de nuestra España, paraiso de Mahoma, jardin delicioso del Edem, sobre el cual las diosas de las flores y del amor derramaron á porfia sus encantos y bellezas.

¡Dichosos, dichosos los que hayan nacido en ese suelo de ventura, coronado por los azules pabellones de un cielo el mas puro, y calentado por un sol el mas brillante, cual es el sol de Andalucía!

Yo quisiera, mis lectores, pintaros á Granada; yo quisiera presentárosla cual es; pero es imposible pintar todas las maravillas, todas las bellezas que en ella encontramos á cada instante.

Para comprenderla bien, era preciso ver sus deliciosos y pintorescos cármes (1), donde las sábanas de verdura, formando preciosas alfombras matizadas con mil suertes de variadas flores, alternan con los bosques prolongados de azahar, de morenas, de manzanos con sus pomos sonrosadas, y de otra multitud de árboles frutales; haber aspirado sus aromas, pasar algunos instantes cobijado bajo las mismas palmeras que dieron sombra á sus antiguos dueños; haber sentido los dulces cariños de aquella blanda brisa, que, despues de jugar con las corolas de las flores y las tranquilas y murmuradoras aguas de los riachuelos, viene bañada en las virginales esencias que aspira en el seno puro de las flores; era preciso no despreciar rincon alguno, no desperdiciar ni un solo grano de las arenas de las plácidas orillas del cristalino Genil.

(1) Jardines; huertos de placer.

En esa ciudad hermosa, en ese Edem de la Andalucía paseaba yo una mañana, camino de la Alhambra, ansioso de admirar una vez mas aquel soberbio alcázar, morada en un tiempo de Abu-Abdallah, ó el rey chico, usurpador del reino de Mulahazen, su padre; tan tirano como cobarde, tan soberbio como villano.

¡Qué recuerdos evocó mi memoria al pisar su suelo, al penetrar en aquellos salones, en aquellas galerías, donde resplandecen el arte y la magnificencia árabe!

Allí la sala de abencerrajes, con su blanca pila, en donde rodaron las cabezas de tantos nobilísimos caballeros, degollados tan sin culpa por el reyezuelo. También vi el Generalife, mansion de amores, maceta de la cual cada flor puede contar una historia, y en cuyo centro se levanta magestuoso el viejo ciprés que cuenta centenares de años y repetidas generaciones.

Con dolor iba á separarme de Granada, sin una historia de tantas como encierra, sin otro recuerdo que el de sus edificios árabes; pero un amigo me contó la presente, así como las noticias sobre el paradero final de los amores de Zaide y de Xarifa, y de su vida; que no son sino las que cuento ahora.

Cierto es que Aben-Zaide partió con sus caballeros para tierra de cristianos, y cierto también el propósito que llevaba de hacerse matar en la primera escaramuza que tuviera; pero no llegó á tal punto su desgracia.

Xarifa, su cruel é ingrata dama, sintió remordimientos en su corazón, y arrepentida de su crueldad para con quien tanto la amaba, determinó volverle á su cariño, desbaratando las ya concertadas bodas con el otro moro que la pretendía.

Cercano de Velez iba Zaide, cuando divisó una nube de polvo, y envuelto en ella un jinete que montado en un brioso caballo y caminando á todo correr, le hacia señas de alto.

Paróse Zaide y su gente, recibiendo al caballero, que todo rendido y bañado en sudor, le preguntaba:

—¿Sois acaso el caballero Aben-Zaide?

—El mismo, ¿qué me queréis?

—La hermosa Xarifa me envía en vuestra busca, y me encarga os entregue este billete, dijo alargándole un papel.

Aben-Zaide le abrió ligero, y sus ojos brillaron de placer.

—A Granada, caballeros, á Granada,

gritó á sus caballeros, que volvieron grupas inmediatamente.

Uno partió al escape para Velez á llevar la nueva á Abenámar, que aguardaba, y los demás tomaron el camino de Granada, precedidos de Zaide y el mensajero.

También dicen las noticias que á los pocos días de llegar Zaide á Granada, se celebraron sus bodas con Xarifa, siendo padrino de ellas el rey, el cual quiso se hicieran grandes fiestas á su costa; y que luego, al morir en un combate que tuvo con cristianos, abrazó la religion de Cristo, convirtiéndose también Xarifa, por quererle seguir en todo; pues le parecía bueno cuanto su querido Zaide hiciera.

Hasta aquí me contaron lo que refiero; pero si al leer usastes de bondad no te arrepientas; que á fe que bien la necesita

SERAFIN CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Madrid Julio de 1858

EL REY DE GUADIX.

Leyenda histórica.

(Continuacion.)

IV.

LA MALDICION DE UN PADRE.

Ven conmigo al bosque ameno,
y al apacible sombrío
de olorosas flores lleno,
de en el día mas sereno
no es enojoso el estío.

Gil Polo.

La estrella de la tarde ha declinado,
y una noche fantástica y serena
los anchos horizontes ha enlutado
con negra magestad que al mundo llena.

Envuelta en los celages tenebrosos,
duerme Guadix con intranquilo sueño,
mirada por monarcas poderosos
con torva rabia, amenazante ceño.

Apenas duerme, sí, porque el rugido
de ese leon del suelo castellano,
es como del huracan hondo bramido,
como el rudo azotar del oceano.

Se escucha entre las sombras mientras tanto
voz sepulcral que á la ciudad domina,
voz de un profeta que en su triste canto
predice al aire su fatal ruina.

En tanto que el terror brota del alma,
la noche sigue su veloz carrera,
sembrando aromas en la incierta calma,
como noche de dulce primavera.

Y estendiendo su manto silenciosa
con sus sueños y fúnebres vapores,
con su luna argentada y misteriosa
y sus oreos consuelos de las flores;

Sigue vertiendo por el mundo inerte,
ecos tal vez de lánguida armonía,
ecos acaso en cuyo seno duerme
la dulce paz que el corazón ansia.

Y en noche tan encantada,
con tan apacible brisa,
se oye lejana sonrisa
de alguna fuente ó cascada,

Y sientese al trovador
con melosa voz cantar,
bajo el labrado alfeizar
de la prenda de su amor.

O ya se escucha el ruido
de combatientes aceros,
ya la voz de los guerreros,
ya el gemir de algún herido.

Y por las calles se ven
sombas de incierta figura,
que vagan á la ventura
sin hacer daño ni bien.

Porque leyendas pasadas
cuentan mil apariciones,
y estas serán las visiones
de las crónicas citadas.

Mas el silencio se estiende
por Guadix, y solo vela
el inmóvil centinela
que sus murallas defiende.

La media noche será;
ningun rumor temeroso
altera el triste reposo
de los sectarios de Alá.

Tan solo un hombre se vé
do Al-Hamar en el jardín,
junto á un blanco serafín
que se descubre de pié.

Con su claridad liviana
la luna los ilumina,
y se vé como se inclina
un moro ante una cristiana.
Solos en aquel haren
respiran gratos olores,
dulce aroma de las flores,
bálsamo de amor también.

En sus lánguidas miradas
y en su lento suspirar
existe el vago penar
de dos almas desgraciadas.

Luz Enriquez con amor
oye al monarca agareno,
quien arranca de su seno
estas quejas de dolor.

EL REY.—Las aves con sus picos
de filigrana,
mil cantos entonaron
esta mañana.
Y eran, Luz bella,
los ecos misteriosos
de mi querella...

Paloma del oriente
la luna dora,
los bordes de las nubes,
reina y señora,
¡Fuentes y flores!
música dan al valle
los ruiseñores.

Cadenciosos murmullos
hijos del viento,
saludan á la noche
con blando acento.
Ya, hermosa mía,
la estrella de mis sueños
rayos envía.

¿Por qué, niña del alma,
nuncios tan bellos?
¿por qué del cielo bajan
tantos destellos?
¿Por qué se mueve
en los aires la niebla,
de azur y nieve?

¿Por qué las aves cantan?
¿por qué las fuentes,
cual perlas y diamantes
corren rientes?
Libre de enojos
¿por qué te invoco tanto,
Luz de mis ojos?

Porque al fin la esperanza,
lumbre del cielo,
coronó con la dicha
mi desconsuelo.
Porque del moro
eres, blanca gacela,
rico tesoro.

Calló Al-Hamar; la cristiana
con delirio lo miró
y esta respuesta le dió
como un suspiro, liviana.

—
LA CRISTIANA.—Quisiera, dulce dueño,
con mis suspiros
ser el eco del aire
de este recinto.
Así de mis amores
te llevaria
penas y flores.

—
Aquí por donde quiera
brotan perfumes,
bañan los horizontes
tintas azules:
cantan las aves,
llenando los espacios
de ecos suaves.

—
Del torrente el arrullo
se siente apenas,
rompiéndose sus olas
en la ribera.
Así fué mi esperanza,
deshecha cual la espuma
dichas no alcanza.

—
La luna mensajera
de los amores
los palacios del cielo
sola recorre;
y las estrellas
con silenciosa calma
siguen sus huellas.

—
Fantástica es la brisa,
bellas las rosas,
con que la primavera
todo lo borda.
Mas ¡ay! que el llanto
de mis ojos enturbia
tan dulce encanto.

—
Solitaria paloma,
dame tus alas,
que soy de mi adorado
reina y esclava.
¡Ay! que perdida
por amarle insensata;
le di honra y vida.

—
Reinó un silencio sombrío

tras el eco del amor,
aromas lanzó la flor,
murmuró el lejano río.

Mas de oscura lontananza
una figura imponente
salió, llevando en la frente
la huella de la venganza.
—¡Mi padre! gritó la esclava.
Al-Hamar el rostro fiero
volvió. Pronto el acero:
con sangre el honor se lava,
dijo el altivo embozado,
—¡Ah!, exclamó el rey, ¿di quien eres?
—Soy, violador de mugeres,
un padre á quien has manchado.
Soy quien en esta ocasion
ofrece, pues que á Dios plugo,
para tí ¡oh rey! el verdugo,
para ella mi maldicion.

(Se continuará.)

PENSAMIENTOS Y MACSIMAS.

—
No hay incienso que trastorne mas
fuertemente á una muger que el que no
se quema para ella.

Madame de Stael.

La lengua de las mugeres es su espada
y jamas la dejan enmohecer.

Madame Necker.

Siempre es culpa de la muger que el
hombre se atreva á manifestarle sus sen-
timientos. No es la mas linda la que atrae,
sino la mas aturdida.

Madame Genlis.

Es menester que una muger deje de
ser bonita para juzgar de su mérito.

Madame Geoffrin.

Hay tres cosas que muchas mugeres
arrojan por la ventana: su tiempo, su sa-
lud y su dinero.

Madame Geoffrin.

Una muger se desesperaria si la na-
turaleza la hubiese hecho tal cual la ar-
regla la moda.

Madame de L'Espinasse.

Jóvenes, el deseo de agradar nos ha-
ce amables. Viejas, la necesidad de ser
amadas nos impulsa á hacer bien.

Sophie Saunier.

El paraiso mas fácil de comprender
es el de los turcos: nada se parece tan-
to á un angel como una muger perfecta.

Madame Du Deffaut.

El honor de las mugeres está mal guardado cuando la virtud y la religion no velan por él.

Madame de Stael.

La locuacidad de las mugeres se ha hecho proverbial, y no sin fundamento; pero los hombres se muestran injustos, é ingratos con ellas al reprochárselo, porque la naturaleza las ha hecho así, á fin de que sean para los niños las primeras maestras del lenguaje.

Madame J. B. Thibault.

¿Quereis ser bien recibido en el mundo? pues bien, es menester que al entrar en el salon haga vuestra vanidad la cortesía á la de los demas.

Madame Geoffrin.

La muger mejor alabada es aquella de quien no se habla.

Madame Necker.

Nunca son las mugeres mas fuertes que cuando se arman con su debilidad.

Madame Du Deseaut.

CRÓNICA SEMANAL.

Habiamos escrito la correspondiente seccion de sueltos para este número.

Pero hé aqui que á estos sueltos les ha dado el antojo de anexionarse, resultando que á imitacion de los pequeños ducados han formado un estado de primer orden, al que debemos llamar....

¿Cómo lo llamaremos?

¿*Revista*? No, porque entonces se volverá toda la baraja ases.

¿*Diario*? Tampoco. Porque en nuestra capital hay dias que no dejan tras si otro recuerdo que el de haber pasado veinte y cuatro horas.

¿*Crónica*? Esto es mejor y mas elástico. Ya tenemos nombre; llamaremos á este gran grupo *Crónica semanal*.

Verdad que vá á resentirse de lo heterogéneos que son los miembros que lo componen.

Pero eso no importa. El reino de Cerdeña lo van á formar una porcion de niños cada cada uno de su padre y de su madre. Imitemos al Piamonte.

Así como así muchos de nuestros lectores nos pedian un poquito de pimienta.

Nada: anexion, anexion.

De esta manera damos gusto y nos co-

locamos á la altura de las circunstancias. Nos ponemos á la moda.

Ea, pues, manos á la obra.

II.

La reunion literaria que tuvo lugar el lunes último en casa del Sr. Conde de Torres-Cabrera, ha sido de las mas importantes.

La concurrencia fué numerosa.

Nuestra cariñosa vecina no nos habia quitado aun con su feria la mitad de la poblacion.

En ella leyeron bellisimos trabajos los Sres. siguientes: El Sr. Melendez una poesia titulada *el Bétis y el Tajo*. El Sr. Pavon *el facistol de Boileau*, traduccion en verso. El Sr. Tirado una *Anacreóntica*. El Sr. Torres-Cabrera una composicion del Sr. Mariscal. El Sr. Rojas *el crepúsculo de la tarde*. El Sr. Ramirez Arellano (D. Teodomiro) una *Trova castellana* del Sr. Gonzalez Reguera. El Sr. Fernandez Ruano unos versos *al Guadalquivir*. El Sr. Garcia Lovera (D. Ignacio) un *viage á la sierra de Córdoba*. El Sr. Martel (D. Teodoro) una composicion *á mi madre*.

Terminada la lectura se procedió á la inauguracion del certamen científico provincial, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores.

Una preciosa y gallarda urna de bastante elevacion, construida con ricas y bien combinadas maderas, se hallaba colocada en el centro del espacioso salon. Corrida su cubierta principal, que corona una estatua dorada de la fé, se descubren siete departamentos destinados á los siete grandes grupos en que se han considerado divididas todas las ciencias, y levantada cada tapa por medio de un gracioso mecanismo, aparecen pequeñas urnas destinadas á las ciencias que componen aquel grupo y cada una de las cuales contiene los diversos temas.

Si justos elogios mereció el pensamiento de los certámenes, no es menos digno de ellos la habilidad y acierto con que esta urna ha sido dirigida.

Procediendose al acto, se tomaron varios temas por los Señores siguientes:

SR. D. IGNACIO GARCIA LOVERA.

Derecho civil. Ventajas é inconvenientes de la institucion de los jueces de Paz. ¿Lleñan su objeto tales como se han constituido?

Derecho penal. En la necesidad de un sistema eclético entre dos opuestos princi-

pios en materia penal: ¿debe preponderar el que ampara á la sociedad contra el individuo ó el que ampara al individuo contra la sociedad? Inconvenientes de ambos sistemas aplicados en una forma absoluta.

SR. D. FRANCISCO DE BORJA PABON.

Botánica. ¿Están las plantas dotadas de sensibilidad? ¿Existen ó no en ellas verdaderos movimientos voluntarios?

SR. D. FRANCISCO DE PAULA VALENZUELA.

Música. Comparacion entre la música religiosa y la profana: escuelas que mas han sobresalido en la primera.

SR. D. JOSÉ MARCELO CONTRERAS.

Escultura. Origen de la escultura. ¿En qué país floreció primero este arte? ¿Quién le dió el primer impulso? ¿La religion pagana en Egipto ó simplemente el ornamento de los edificios en Grecia?

Pintura. Juicio comparativo entre Rafael y Miguel Angel. ¿Cual de los dos influyó mas en el renacimiento, el dulce y sensible pintor de las Virgenes y del Evangelio, ó el severo reproductor de la Biblia.

SR. D. EDUARDO MERAS.

Historia. Utilidad y aun necesidad de los conocimientos históricos.

SR. D. FERNANDO AMOR.

Zoología. Terrenos terciarios. Circunstancias en que se han formado: caracteres sacados de su posicion y los fósiles.—Principales rocas que los constituyen.

SR. D. JOSÉ RODRIGUEZ DELGADO,
DE IZNAJAR.

Para escojer.

Derecho penal. Doctrinas de Beccaria. Teoría del sentimentalismo: males á que puede conducir la exageracion del sistema penal fundado en él.

Derecho de gracia. Su estension: sus historias: su conveniencia ó inconveniencia en el orden social.

Definicion de la pena. ¿Puede admitirse la de Beeman que supone es el dolor causado de resultas del delito? ¿Satisface la de Grotio que dice es un mal que debe sufrirse, impuesto por una mala accion?

SR. D. TRINIDAD DE ROJAS.

Derecho político. ¿Es la ley una emanacion directa de la justicia ó la expresion de la voluntad del pueblo?

Derecho de gentes. Cuáles son los derechos y obligaciones del soberano, respecto al culto interno y esterno?

Derecho penal. Definicion de los delitos políticos: sus diferencias de los comunes: ¿deben unos y otros estar sugetos á iguales penas?

SR. CONDE DE TORRES-CABRERA.

Filosofía. De la Religion

III.

Un poquito de Teatro.

La Empresa, que hace laudables esfuerzos por atraer al público, acaba de verificar la anexion á la compañía de la Srita. Hernandez.

Pero el público celebra la anexion, aplaude los esfuerzos de la empresa, y cuando llega la noche se queda en casa.

Y esto ¿en qué consiste? En un mal paso á tiempo.

Sin embargo, esperamos que todavía el mal ha de remediarse.

La señorita Hernandez ha sido una buena adquisicion; sin que por esto pierdan nada de sus simpatías ni la señora Cabaletti ni la señorita Villar, que con tanta justicia se han sabido ganar el aprecio de los aficionados.

La zarzuela *Mis dos Mugerres* fué bastante bien presentada en la noche del miércoles, y el público aplaudió mas de lo que acostumbra.

Y eso que el Sr. Pellizzari no estaba en voz.

Aunque como no hay mal que por bien no venga, esta indisposicion nos evitó el que el aplaudido baritono nos regalara el *Mambro* intercalado en *el coro en solfa*.

Nada, nada, á lo escrito.

IV.

Saben VV. que ya van volviendo todos los que se fueron á la feria de Sevilla?

—Y, vaya, se han divertido mucho?

—Ssssi....

Editor y administrador, ANTONIO MARQUEZ

CORDOBA.—1860.

Imp. y Lit. de D. Fausto Garcia Cena.